ENRIQUE PARADAS y JOAQUIN JIMENEZ

# LA CANASTILLA

JUGUETE COMICO

en dos actos y en prosa, original





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

# LA CANASTILLA

JUGUETE COMICO

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

**ENRIQUE PARADAS y JOAQUIN JIMENEZ**

Estrenado en el TEATRO CÓMICO la noche del 5 de Marzo de 1918

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| SAGRARIO.................... | Loreto Prado. |
| VIRTUDES.................... | Matilde Franco. |
| BRÍGIDA..................... | Rafaela Castellanos. |
| CRÍSPULA.................... | Paula Martín. |
| BLASA...................... | Luisa Melchor. |
| SEVERO...................... | Enrique Chicote. |
| FLORENCIO.................. | Ricardo Manso. |
| CRÓTIDO..................... | Julio Castro. |
| PALETO...................... | Julio Castro. |
| VALDIVIA.................... | José Ponzano. |
| DÁMASO...................... | José Soler. |
| ESTUDIANTE.................. | Antonio Hernández. |
| ROBUSTIANO.................. | José Delgado. |

# ACTO PRIMERO

Interior de una tienda de confección de ropas para niños. Mostrador a la derecha. Detrás del mostrador una puerta y en lateral izquierda otra, que figura conducir a la vivienda. Escaparate en foro izquierda y puerta al foro. A un lado de la puerta, especie de estante, con maniquíes, pequeños, vestidos con ropa de niño, de diferentes modelos. En el foro derecha, máquina de coser. En este mismo testero y en el del mostrador, sobre la puerta, anaquelería y algunos vestidos y delantales colgados. En el centro del escaparate, y en gruesos caracteres de letra un cartel que dice: HACE FALTA UN DEPENDIENTE. Al levantarse el telón, FLORENCIO lee un periódico, sentado junto al mostrador, y SAGRARIO, de pie, junto a la puerta del foro, figura hablar a voces con una parroquiana que salió de la tienda.

—

SAG. — No puede ser menos, señora. Esta casa es precio fijo. Sí, sí. Pero fíjese usté en la clase de vestido y en la hechura. Bueno, bueno; vaya usted a otra tienda y a ver si le dan a usté la puntilla como aquí.—Vaya, vaya.—Vaya usté con Dios. ¡Vaya una parroquia! ¿Has visto, papá?

FLOR. — Sí, hija mía, sí. Cada día estoy más harto del comercio.

SAG. — La paciencia que hay que tener para estar detrás de un mostrador...

FLOR. — Mucha. Y yo cada día tengo menos... Para el comercio hacen falta juventud y ganas de trabajar, y yo voy perdiendo las dos cosas. Por eso tengo deseos de encontrar un dependiente que me convenga.

SAG. ¡Que nos convenga! (Con picardía.)

FLOR. Eso. Que nos convenga. De ese modo, yo estaré menos tiempo en el mostrador, que es mi ideal, y tú lograrás ver realizadas tus ilusiones.

SAG. ¿Crees, papá, que lo conseguiremos?

FLOR. Espero que sí.

SAG. Yo le he ofrecido una misa a San Antonio, si me lo concede.

FLOR. Entonces, concedido. San Antonio es un santo muy simpático, y en cuanto sepa la clase de muchacha que tú eres, te servirá.

SAG. Dios te oiga.

FLOR. Dios y San Antonio.

(Aparece VALDIVIA. Es un hombre como de cuarenta años, corredor de la plaza en artículos para confección. Trae dos cajas grandes sujetas con unas correas.)

VALD. ¡Salú y negocio!

FLOR. ¡Hola, Valdivia! ¿Qué traes?

VALD. Mal humor, don Florencio. No se vende una tira bordada ni a tres tirones.

FLOR. Ya, ya. Bonito está el negocio. De eso estábamos hablando mi hija y yo.

VALD. Pues hombre, a ustedes no les debe ir tan mal. Vamos, yo lo digo, porque siempre han estado ustedes solos para el despacho, y ahora según veo en ese cartel, van a tomar un dependiente. ¡Me alegro, hombre, me alegro! Yo les quiero de veras, y me satisface que «La Canastilla» llegue a ser la primera casa de Madrid.

FLOR. Gracias. Pero el negocio no va tan bien como tú supones.

SAG. Eso del dependiente es otro negocio. (Con malicia.)

VALD. No lo entiendo

FLOR. Mira, Valdivia. Para ti no hay secretos en esta casa y te lo vamos a contar. Siéntate y escucha. (Se sientan. Sagrario pasa al mostrador y arregla alguna cosa.)

VALD. Venga de ahí, don Florencio.

FLOR. Yo, como sabes, me quedé viudo hace algunos años con esta hija, que tiene ya veintidos.

SAG. Veintiuno, papá.

FLOR. Bueno, veintiuno. Yo tengo ya sesenta y como es lógico que me he de morir antes

que ella, no quisiera dejarla sola en el mundo. Me gustaría verla casada y con un hombre digno y honrado. Ahora bien; este es el inconveniente. A esta chica, yo no sé que la pasa, que sin ser fea, ni ser tonta, todavía no la ha salido un pretendiente.

SAG. Diga usté que eso es culpa suya. ¿Cómo me va a salir novio, si no salgo de casa? Otros padres van de paseo con sus hijas. Se hacen socios de algún círculo donde se dan bailes y veladas... En fin, procuran que las muchachas se luzcan y las ponen en camino de que alguno se decida a hablarlas. Pero como papá no sale nunca y yo no tengo amigas, pues estoy siempre metida aquí. Eso es lo mismo que el comercio. ¿Por qué ponemos las muestras en el escaparate? Para que las vean y entren a comprarlas.

VALD. En eso tiene razón la chica.

FLOR. Por eso mismo, comprendiendo que aquí no han de venir a buscarla, se me ocurrió esta fórmula salvadora: Poner un cartel de hace falta un dependiente.

VALD. ¡Ah! Vamos, ya comprendo. Hace falta un dependiente, pero lo que se busca es un novio.

SAG. Eso es. Un hombre que me agrade. Que me haga impresión al verle. Por que yo si me enamoro ha de ser de impresión.

FLOR. ¿Qué te parece la idea?

VALD. ¡Magnífica, hombre! ¡Es una idea!

FLOR. Que como ves, no tiene peligro. Se presenta uno; lo ve ¿Que no le agrada? Pues no se le admite. ¿Que le gusta su tipo y la hace impresión como ella dice? Pues se queda en la casa. Ella va estudiando su carácter, yo voy averiguando sus antecedentes, y a esperar que el muchacho se declare.

SAG. ¿Y si no se declara?

FLOR. Pues por la puerta se va a la calle. Otro vendrá. Que las colocaciones escasean y yo creo que no ha de faltarnos donde elegir.

VALD. ¡Ni que decir tiene! Además, no llegará ese caso. El que se quede aquí, porque a ella le parezca conveniente, en cuanto vea las condiciones de la muchacha, se declara a ella. Y si no, para algo están los amigos en el mundo. Yo vengo a ofrecer mi artículo.

Armo conversacion, lo exploro, y si es menester le pincho para que rompa a hablar. Eso corre de mi cuenta. Yo, conque me conviden a la boda, estoy satisfecho.

SAG. No faltaba más.

VALD. Bueno. Voy a dar una vueltecita a la clientela. ¿No quiere usted nada, don Florencio?

FLOR. No hace falta nada. Pero, en fin, ya que has venido, déjame unas piezas de tiras bordadas, de esas que gastamos siempre.

VALD. Dentro de un rato las tiene usted aquí. Que ahora no llevo de esas.

FLOR. Cuando quieras. No corren prisa.

VALD. Vaya, pues hasta luego. Y no les digo nada. Que salga todo como ustedes deseen.

SAG. Muchas gracias, señor Valdivia.

VALD. Salú y negocio. (Vase.)

FLOR. Anda con Dios, hombre, anda con Dios. Este Valdivia es buena persona.

SAG. Excelente, ya lo creo. Y nos puede valer de mucho.

FLOR. Por eso no he reparado en contárselo. ¡Quién sabe si él puede ser nuestra salvación!

SAG. ¡Quién sabe! Pero, oye, papá. Ahora estoy pensando una cosa. ¿Tú crees que ese procedimiento es digno y honrado?

FLOR. ¡No ha de serlo, hija mía, no ha de serlo! ¿No has dicho tú misma que otros padres llevan a sus hijas a exhibirlas a círculos y paseos? Pues yo te exhibo en casa, que siempre es más recatado y menos expuesto. Y, sobre todo, hija mía, que tú sabes eso de las exhibiciones, pero no sabes otros procedimientos que emplean algunos padres y los que emplean algunas muchachas para pescar novio... Nada, nada. No tengas cuidado, mujer, no tengas cuidado.

SAG. ¡Qué sé yo! Pero desde que has puesto el cartel ese estoy más nerviosa... No atino a hacer nada. Me he puesto a coser a la máquina y todo lo hago al revés. Ya he roto siete agujas.

FLOR. Ten calma, mujer, ten calma.

SAG. Voy a ver si puedo rematar esta costura. Estoy viendo que van a venir por el vestido y no va a estar terminado.

(Se sienta a la máquina, dando cara al público. Don

(Florencio se dispone a seguir leyendo. Aparece CRÓTIDO. Es un muchacho de unos veinte años, ridículo y feo, y que ostenta una leve joroba.)

CRÓT. Buenos días nos dé Dios. (Con el sombrero en la mano.)

SAG. Buenos días. (¡Vaya un tipejo!)

CRÓT. ¿Está el principal?

FLOR. (Levantándose.) Servidor.

CRÓT. ¿Sigue usté bien?

FLOR. Bien, ¿y usted?

CRÓT. Bien, muchas gracias. ¿La familia buena?

FLOR. Buena, sí, señor. ¿Qué deseaba?

CRÓT. Pues yo venía, que he leído el cartelito ese y me he dicho: «Pasaré a ver si le convienen mis servicios».

(Sagrario hace señas a su padre de que no le admita.)

FLOR. ¡Ah! ¿Usted venía a pretender?...

CRÓT. Sí, señor. Eso pretendo.

FLOR. Sagrario... (Vuelve la cabeza y ve las señas de su hija. Crótido hace igual y casi sorprende las señas, que ellos tratan de disimular.) Es mi hija.

CRÓT. Por muchos años. Tiene usted una hija muy simpática.

SAG. (De mala gana, pero sin desagradarle la lisonja.) Muchas gracias. Es favor.

CRÓT. (Me quedo. Me quedo.)

FLOR. El caso es que yo creo que no le van a convenir las condiciones.

CRÓT. Hombre, ¡quién sabe! Hablando se entiende la gente. ¿Verdá uste, señorita?

SAG. Eso, allá mi papá. (Vuelve a hacer señas de que no.)

FLOR. Desde luego me parece que no nos vamos a entender. Sólo con verle comprendo que esta casa no le va a convenir. En primer lugar, la colocación es para estar interno. Aquí no se sale de paseo mas que de Pascuas a Ramos.

CRÓT. Eso de salir me sale por una friolera. Cuanto menos salga, más ahorro del sueldo.

SAG. El caso es que el sueldo es muy corto. ¿Verdad, papá?

FLOR. Muy corto, muy corto.

CRÓT. Ya, ya me hago cargo de que las cosas están muy malas. Así es que no regañaremos por eso.

SAG. Le advierto a usted que es muy poca cosa. Casi nada. Casi nada.

CRÓT. Nada, nada. No se preocupen por eso.

FLOR. Mire usted, joven. Las cosas claras. No pensamos dar sueldo. Nosotros buscamos un dependiente que...

CRÓT. Sí, vamos. Que se quede por la comida, ¿no es eso?

FLOR. Eso es.

CRÓT. Eso es muy poco. Pero, ¡qué caray! Están las cosas tan malas... Nada, nada. Me quedo por la comida.

SAG. Sí; pero, ¿qué comida le vamos a dar, si sabes que en casa no se come?

CRÓT. (Muy extrañado.) ¿Que no se come?

SAG. Aquí, papá, come en Lisboa, y yo voy en casa de unos tíos, que da la casualidad de que son vegetarianos.

CRÓT. ¿Qué ha dicho usted que son?

SAG. Que no comen más que vegetales. (¡Qué animal!)

CRÓT. (Comprendiendo que no le quieren admitir.) Bueno; aquí lo que pasa ya lo sé yo. Es que dudan ustedes de mí. ¡Como tengo poca representación!... Pero no se fijen en el tipo, porque aunque me vean así, soy un dependiente hecho y derecho.

SAG. (Aparte.) (¡Pues no dice que es derecho!)

FLOR. (A éste no hay quién lo eche de aquí.)

CRÓT. Eso, eso es lo que pasa. Y para demostrarles que están ustedes equivocados, me quedo. ¡Me quedo como sea!

FLOR. No, no. De ninguna manera.

SAG. No, joven, no. Si comprendemos que usted se merece más que esto.

CRÓT. ¡Que no, hombre, que no! Que me quedo aquí. ¡Ya es cuestión de amor propio! ¡Díganme ustedes qué tengo que hacer! (Disponiéndose a saltar el mostrador.)

FLOR. (Impidiéndolo.) Lo que tiene que hacer es marcharse. No se moleste más, porque mire usted: es que ya tenemos uno medio apalabrado. Vendrá seguramente esta tarde. Si acaso no nos arregláramos, ya veríamos.

CRÓT. Yo como he visto el cartel...

FLOR. (Fingiendo extrañeza.) Pero, cómo, ¿está puesto el cartel? ¡Quítalo, mujer, quítalo! Ya te lo dije antes.

SAG. Sí, papá. Pero es que se me ha pasado. (Va al escaparate y quita el cartel.)

FLOR. Se la ha pasado. Claro, no es extraño. Tiene tanto que hacer...

CRÓT. Bueno. ¿Y ese que viene se queda sin comer?

FLOR. Sí, señor. No sólo se queda sin comer, sino que da diez duros encima por aprender el comercio. (A ver si así se va.)

CRÓT. ¡Hay que ver! ¡Dar dinero encima! ¡Buenas se están poniendo las colocaciones! ¡Maldita sea! ¡No quisiera más que conocer a ese granuja para darle en la cara por traidor! ¡Canalla! ¡Más que canalla! No, ustedes no tienen la culpa. La tenemos nosotros que lo consentimos. Por supuesto, que como yo encuentre tres amigos con alma, le rompemos el alma a ese bandido. ¡Bandido! ¡Más que bandido! Ustedes lo pasen bien. ¡Quitarle el pan a un desgraciado! ¡Canalla! ¡Más que canalla! Ustedes perdonen. ¡Granuja! ¡Más que granuja! (Vase indignado.)

SAG. ¡Ay! Gracias a Dios que nos le hemos podido quitar de encima. ¡Vaya un tipo!

FLOR. ¿No te ha hecho impresión?

SAG. Sí, ¡menuda impresión!

FLOR. Bueno, anda. Pon otra vez el cartel. A ver si quiere Dios que acertemos con alguno. Que estoy viendo que va a ser difícil.

SAG. ¿Por qué, papá? (Poniendo el cartel.)

FLOR. Porque tú también eres un poco rara. Me temo que no encuentres árbol donde ahorcarte.

SAG. ¡Por Dios, papá! ¿Querías que me ahorcara en un alcornoque? Creo que no soy muy ambiciosa. No pretendo más sino que sea un hombre que me haga impresión de momento.

FLOR. En fin, veremos lo que ocurre.

SAG. (Mirando por el escaparate.) ¡Ah! Calla, calla. Hay un joven leyendo el cartel. Y no es mal parecido. ¡Ay, papá! Que me parece que me impresiono esta vez.

FLOR. Dios lo quiera.

SAG. Calla, que ya está aquí. Ya entra, ya entra.

(Aparece UN ESTUDIANTE, joven, guapo y de aspecto distinguido. Don Florencio, disimula.)

EST. Muy buenos días.

SAG. (Muy amable y comiéndoselo con los ojos.) Buenos días. ¿Qué deseaba usted?

EST. Deseaba hablar con el dueño. Sobre eso del dependiente que buscan.

SAG. ¡Ah! Sí. Papá, papá. Este joven que desea hablar contigo sobre eso del dependiente. (*Aparte.*) (Quédate con él.)

FLOR. Muy buenas. Tome usted asiento.

EST. Muchas gracias. (*Se sienta.*)

FLOR. ¿De modo que usted desea?...

EST. Deseaba saber las condiciones de la casa.

FLOR. Pues mire usted. Las condiciones son inmejorables. ¡Inmejorables! No es porque yo lo diga; pero como ésta, no hay otra casa en Madrid.

SAG. Sí, sí. No encontrará usted otra mejor.

FLOR. Desde luego, aquí el dependiente sale todos los domingos y días festivos.

SAG. Los domingos, los días de fiesta y hasta por las noches, después de cerrar.

EST. Me parece muy bien. ¿Y el sueldo!

FLOR. El sueldo... Por el sueldo no hemos de regañar. A mí me gusta pagar bien a los dependientes para que tengan interés por la casa.

SAG. Aquí no se miran cinco duros más o menos. Lo mismo ocurre con la comida. Nos gusta que el dependiente coma lo mismo que nosotros, y en la misma mesa.

FLOR. Y le advierto a usted que no es jactancia, ¿eh? Pero aquí se come muy bien.

SAG. Eso sí. Papá es muy delicado para las comidas, y si un plato es bueno, el otro es mejor.

FLOR. Y además muy variado, muy variado.

EST. Ya, ya. Se ve que tratan ustedes bien a los dependientes. Hay diferencia de las demás casas.

SAG. Ya lo creo que hay. Tanto es así, que mi papá, siempre que entra un dependiente nuevo, cuando lleva un mes aquí, le suele pesar. Y hasta ahora todos han ganado.

FLOR. Más que nada, lo que se desea no es un dependiente. Es como si fuera uno de la familia. Porque aquí mi hija es joven, y muchas veces ha de quedarse solo con ella, y es preciso que sea un hombre que la respete. En fin, queremos que sea un caballero.

EST. Pues de eso les respondo a ustedes. No es porque yo lo diga; pero como persona decente y formal, donde esté el primero. Ustedes lo han de ver.

FLOR. No, no. Si yo no lo dudo. Se ve que es usted persona de educación.

EST. Bueno, pues entonces, de acuerdo. Esta misma tarde le escribo diciendo que venga.

FLOR. ¿Pero quién va a venir?

EST. Mi primo. Es un muchacho de pueblo, algo bruto, pero muy listo.

SAG. ¡Ah! ¿De modo que la colocación no era para usted? (Desconsolada.)

EST. No, señorita. Yo estoy estudiando en Madrid la Veterinaria. Es un primo mío que tiene deseos de colocarse aquí, y me ha dado el encargo de que le buscase una buena casa. Y como quiera que las condiciones de ésta son magníficas...

FLOR. Sí, sí. Pero teniendo que venir de fuera, ya es un trastorno.

EST. Ninguno. Es un pueblo muy próximo. Mañana mismo está aquí.

SAG. No, no. No se moleste. De pueblo no le queremos. Nosotros creímos que se trataba de usted.

EST. Les advierto a ustedes que es como si fuera yo.

SAG. Sí; pero no es igual.

EST. Lo mismo, señorita.

FLOR. Además, tenemos uno apalabrado, que seguramente vendrá esta tarde.

EST. Entonces, nada. Yo como he visto el cartel...

FLOR. ¡Ah! ¿Pero está el cartel puesto? Quítalo, hija, quítalo. ¿No te dije antes que lo quitaras?

SAG. Sí, papá. Es que se me ha pasado.

FLOR. Se la pasó. No es extraño, tiene tanto jaleo en la tienda. (Le vuelve la espalda y hace que maniobra en el mostrador.)

SAG. (¡Qué lástima! ¡Este era mi tipo!)

EST. (Un poco asombrado.) Bueno, pues ya saben donde me tienen. Cruz, 45, casa de huéspedes.

FLOR. (Contrariado y sin hacerle caso para que se vaya.) Sí, sí. Sagrario. A ver si acabas ese vestido, que corre prisa.

SAG. Voy, papá. (Se dispone a coser a la máquina.)

EST. (Sin salir de su asombro.) Vaya, buenos días.

FLOR. Vaya con Dios.

EST. (Aparte.) Pues, señor. No lo entiendo. Me reciben tan amables y ahora no me hacen caso... No lo entiendo. (Vase un poco aturdido.)

SAG. ¿Has visto qué mala sombra?

FLOR. Sí, hija mía, sí. Por lo visto San Antonio está muy ocupado y no se acuerda de ti. En fin, tengamos paciencia. Lo que sí vamos a hacer de ahora en adelante es una cosa.

SAG. Lo que tú dispongas, papá.

FLOR. No es nada, no. Sino que me parece algo violento que estés tú delante cuando yo hable con alguno. Así es que, mira, en cuanto surja el primero, tú me dices lo que te parezca y te retiras.

SAG. Asi lo haré. No tengas cuidado.

FLOR. Bueno. Voy a tomar algo arriba y a terminar los asientos del mes. (Pues señor, esto del cartelito me parece que no va a dar resultado.) (*Vase.*)

SAG. Bueno. Vamos a poner el cartel por tercera vez. ¡Ay, cuándo lo quitaré de una vez!... ¡Qué lástima! ¡Un chico tan simpático! El caso es que podríamos haberle dicho que hubiera venido su primo; porque digo yo que su primo se parecerá a él. ¿Pero y si no se parece? ¡Ay! Me parece que esto del dependiente no va a dar retultado.

(*Aparece la* SEÑORA VIRTUDES. *Mujer del pueblo, de unos cuarenta años.*)

VIRT. Hola, Sagrario.

SAG. Hola, señora Virtudes. ¿Pero no me trae usted la labor?

VIRT. Sí, hija. Ahí la trae mi botones.

SAG. ¿Su botones?

VIRT. El gandumbas de mi marido, que ya le tengo otra vez de paseante en cortes.

SAG. ¿Otra vez de más?

VIRT. Ahora ha dejao el taller porque dice que está malo.

SAG. ¡Vaya por Dios!

(*Aparece* DAMASO. *Obrero de la misma edad de su mujer y con un lío de ropa debajo del brazo.*)

DÁM. Bue... Buenos días. (*Fingiendo gran fatiga.*)

VIRT. Anda, hombre, anda. Deja eso ahí.

DÁM. Mujer, si es que me fatigo. Esto de traer y llevar líos, me atosiga. Con su permiso me voy a sentar, maestra.

SAG. Siéntese, siéntese y descanse. (*Pasa detrás del mostrador y deshace el lío de ropa que irá examinando durante la escena.*)

VIRT. En paz, debía descansar éste.

DÁM. Si tuvieras lo que yo, ya veríamos.

SAG. Pero, ¿qué es lo que tiene usted?

DÁM. ¡Qué sé yo! Ya me han visto la mar de médicos y ninguno da con lo que es. Hoy he estao con uno de «La Esperanza», que tengo mucha fe en él, y ese me ha dicho que cree que tengo amagos de nurastenia.

SAG. ¿Y de qué le ha venido a usted eso?

DÁM. De exceso de trabajo.

VIRT. ¡Amos! ¡Habrá embustero! ¡A ver si vas a decir toavía que te has matao a trabajar!...

DÁM. Hombre, matarme, no. Pero estoy mal herido.

VIRT. ¡Lástima no fuá verdá!

DÁM. Bueno; a ti hay que dejarte.

VIRT. Eso es lo que yo debiera haber hecho a los tres días de conocerte.

DÁM. ¿Y qué hubiá sío de ti? La mujer nesecita siempre el apoyo de un hombre.

SAG. Eso sí es verdad.

VIRT. Sí, sí. Pues cásate; que si te toca un apoyo como éste, te has caído.

SAG No todos son iguales.

VIRT. Todos. El que no cojea, renguea. Ya ves, éste, después de tóo, es de los mejores. Porque no tié más que eso de la nurastenia. Pero me sirve de aprendiza. Los hay que no sirven ni pa eso siquiera.

DÁM. Bueno, tú no quites las ilusiones a la juventú.

VIRT. Yo no. Allá ella. Pero si yo estuviá en su pellejo, me paece que me enterraban con palma.

SAG. ¡Ay, señora Virtudes! Yo, a pesar de todo, no quisiera morirme así. Debe ser muy triste eso. Vamos, yo no digo que esté rabiando por casarme, pero vaya, si me saliese una proporción...

DÁM. ¡Duro, duro! Si sale a aprovecharla. Ese es el camino de la felicidá.

VIRT. Y mírate en mi espejo, que es biselao.

SAG. Bueno. Aquí tiene usted. (Metiendo en el paño en que trajo los vestidos algunas piezas de tela.) Estas faldas son de encargo y las quiero para mañana mismo.

VIRT. Pues anda, tú, botones. ¡Arrea con ellas!

DÁM. ¡Vaya! ¡Y yo que pensaba que iba a volver de vacío! (Cogiendo el lío con mucha calma.)

SAG. (Sacando unas monedas del cajón.) Y aquí tiene usted lo de los vestidos. Doce pesetas.

DÁM. ¡Doce lucanas! ¡Dios las bendiga! Esas son las que me curaban a mí.

VIRT. Anda, anda pa casa; que ya has oído que las faldas corren prisa y me tiés que ayudar. Velaremos toa la noche.

DÁM. Abrense las velaciones.

VIRT. Adiós, Sagrario. (Vase.)

DÁM. Adiós, maestra.

SAG. Vayan ustedes con Dios. Y que se alivie la neurastenia.

DÁM. Difícil lo veo. Ya ve usté. A velar toa la noche con lo delicao que yo estoy. ¡Maldita sea! Luego dicen que se hacen crónicas las enfermedades. ¡Ay! ¡Maldito sea el trabajo cochino! (Vase muy despacio, renegando de su suerte.)

SAG. ¡Pobre señora Virtudes! Tiene lo suyo con ese hombre. La verdad es que si me toca uno así, me he lucido. Lo peor es que no me tocará. ¡Parece mentira! Toda mi vida haciendo vestidos para niños, y al final me voy a quedar para vestir imágenes.

(Aparece SEVERO. Es un joven simpático, mal trajeado, que lleva bajo el brazo una ampliación fotográfica de regular tamaño, con marco dorado.)

SEV. Muy buenas, señorita.

SAG. Muy buenas. ¿Qué deseaba?

SEV. Usté perdone la molestia. Yo venía a ver si deseaba usted hacerse una ampliación fotográfica.

SAG. No, señor.

SEV. Le advierto que son trabajos inalterables. Retoques finísimos. Precios baratísimos.

SAG. No, señor, no. Muchas gracias.

SEV. Se hacen al contado y a plazos; con marco o sin él. Como lo desee la señorita. Un 18 por 24. Retrato con passpartú. Total de luces: 24 por 31. Al hacerse entrega de la ampliación, darán de entrada tres pesetas. El resto, dos reales al mes. Regalo de un dije.

SAG. Que no se moleste usted.

SEV. Un 24 por 35. Retrato con passpartú. Total de luces, 32 por 48. Al hacerse entrega de la ampliación, tres pesetas de entrada. El resto, una peseta semanal. Regalo de tres dijes.

SAG. Que no, hombre, que no.

SEV. Un 50 por 63, retrato con passpartú...

SAG. ¿Me quiere usted dejar en paz?

SEV. Sí, señorita, sí. Usté perdone. Quizá sea pesado, pero el negocio, la competencia... Además, yo tendría mucho gusto en hacerla una ampliación, saldría usted preciosa. Sin retocarla siquiera. Seguramente la pondríamos de muestra en la puerta de la fotografía.

SAG Muchas gracias. (Aparte.) (¡Es simpático este hombre!)

SEV. Conque qué, ¿sí o sí?

SAG. No, no. No puede ser.

SEV. Cuánto lo siento. Le advierto a usté que no tenga desconfianza de los trabajos de la casa. Se garantiza la perfección. Y si no véase la clase. Aquí llevo un retrato mío, que sirve de propaganda, y en el que pueden apreciarse hasta los menores detalles de parecido, lo cual acredita y garantiza la bondad del oficial retocador y las excelentes condiciones de maquinaria. Aquí lo tiene usted. Fíjese bien, señorita. Los ojos, la nariz, la boca... ¡Me parece que estoy hablando!...

SAG Sí, señor, sí. Está usted hablando demasiado. ¡Caray, qué lata!

SEV. Usted perdone, señorita. La competencia...

SAG Ya, ya. Hace usted bien el artículo. No haría usted mal comerciante.

SEV. Lo he sido, señorita, lo he sido. Estuve tres años en un comercio, pero fuí tan burro, que por un quítame allá esas pajas le solté un par de coces al principal y salí arreando.

SAG. ¡Qué lástima! (Aparte.) (¡Y es muy simpático!) ¿Y de qué era el comercio?

SEV. De todo un poco. Tejidos, comestibles, ferretería, confección, etc., etc. Fué una locura.

SAG. ¿Y dónde estaba el comercio?

SEV. En Ciempozuelos. Luego me vine a Madrid, y como no he encontrado nada, me he agarrado a esto de las ampliaciones. Ya ve usté. Corriendo todo el día por ahí, hablando como un sacamuelas, para no sacar nada. ¡Maldita sea mi estampa! (Acción de tirar al suelo la ampliación.) ¿Verdá usté que este no es mi marco?

SAG. — No, señor. Se ve que su marco es el comercio. Usted haría el gran dependiente. Es lástima que lo haya dejado.

SEV. — No, si yo estoy deseando volver a él. Lo que es que están tan malas las colocaciones...

SAG — (Aparte.) (Este no ha visto el cartel.)

SEV. — Bueno, señorita. ¿No se anima usté a hacerse una ampliación?

SAG. — Yo, por mi parte, no. Si acaso, avisaré a papá. Habla con él y a ver si se anima.

SEV. — Hágame usté el favor, señorita. Se lo agradeceré eternamente. (Deja el retrato en el mostrador.)

SAG. — (Llamando.) ¡Papá! ¡Papá! (Desde la puerta.) (A ver si entre los dos le animamos a que se quede en la tienda.)

FLOR. — ¿Qué quieres, hija mía?

SAG. — Este joven, que quiere hablar contigo. (Aparte a Florencio.) (A ver si consigues que se quede. Ha sido dependiente.)

FLOR. — (Bien, bien. Anda, vete arriba.)

SAG. — (Si es que tengo que decirte...)

FLOR. — (No me digas nada.) (Sin dejarla hablar.) Sagrario, anda arriba.

SAG. — (Aparte.) (¡Dios quiera que mi padre no lo estropee!) (Vase.)

FLOR. — Bien, joven, bien. ¿De modo que desea usted hablar conmigo?

SEV. — Sí, señor.

FLOR. — Tome, tome asiento.

SEV. — (Aparte.) (¡Qué amable es! ¡Ampliación segura!) Usted perdone que le haya molestado; pero uno necesita comer y...

FLOR. — Nada, hombre, nada. No faltaba más. Es muy lógico que el que no tiene busque. Bueno. ¿Supongo que no habrá usted quedado en nada con mi hija?

SEV. — No, señor. Ella sólo me dijo que llamaría a su papá para que hablase con él respecto a..

FLOR. — Sí, sí. A las condiciones. Bueno, pues mire usted. He de empezar por decirle que yo no miro el dinero. Duro más, duro menos, no hemos de regañar por eso. A mí me gusta pagar bien, para que me sirvan bien.

SEV. — Me parece muy bien.

FLOR. — ¿Pues y el plato?

SEV. — ¿Qué plato?

FLOR. — El de casa. ¡Magnífico! ¡Magnífico!

SEV. (¿Pero qué dice este hombre?)

FLOR. Porque además de ser abundante, todo el mundo come de capricho.

SEV. (Extrañado.) ¡Ah! ¿Sí?

FLOR. ¿A usted le gusta el café?

SEV. (Cada vez más asombrado.) Sí, señor.

FLOR. No, porque si no le gusta el café, le damos chocolate.

SEV. No, no. Muchas gracias. (Aparte.) (¿Me estará tomando el pelo?)

FLOR. ¿Y el cocido? ¿Le llama a usté la atención el cocido?

SEV. Me distrae nada más.

FLOR. Lo mismo que a mí. En cambio el pescado me vuelve loco. Sobre todo la merluza.

SEV. (Aparte.) Y que la ha cogido superior.

FLOR. La carne, no. La carne, ni fu ni fa.

SEV. (Aparte.) (Pero qué tonterías está diciendo este hombre.)

FLOR. ¡Ah! Y respecto a salir, queda usted en completa libertad. Quiere decirse que si tiene algo que hacer, se va usted cuando le dé la gana.

SEV. (Aparte.) Bueno. Esto es echarme.

FLOR. Creo que no hará falta decirle más.

SEV. No, señor, no. (Aparte.) (Me voy, porque este hombre está loco.) Bueno, caballero. Usted perdone si le he molestao.

FLOR. Al contrario, hombre. Muy satisfecho por haberme quedado con usted.

SEV. (Aparte.) Ya sabía yo que se estaba quedando conmigo.

FLOR. Y ya lo sabe. Puesto que estamos de acuerdo, viene usted cuando le parezca.

SEV. Muchas gracias. (Aparte.) (¡A buena hora vuelvo yo aquí!)

FLOR. Me alegraría que viniera usted mañana mismo. Estoy aburrido de estar sólo. Necesito distraerme.

SEV. Ya, ya. (Aparte, y cogiendo el retrato que dejó sobre el mostrador.) (¡Valiente tío fresco!) Que usté lo pase bien.

FLOR. Adiós, joven. (Examinándole bien de arriba a abajo.) Venga esa mano. (Severo le da la mano con miedo.) Ya tenía ganas de encontrar un dependiente como usted.

SEV. Pero... caballero. Usted ha debido sufrir una equivocación.

FLOR. ¿Cómo? ¿Usté no venía a pretender?

SEV. A pretender que se hiciera usté una ampliación fotográfica.

FLOR. Acabáramos, hombre, acabáramos. Esta hija mía me va a volver loco. (Llamando.) ¡Sagrario! ¡Sagrario!

SEV. (Aparte.) (¿De modo que aquí hace falta un dependiente? Pues me quedo.) (Vuelve a dejar el retrato sobre el mostrador.)

SAG. ¿Llamabas, papá?

FLOR. ¿A qué ha venido este señor?

SAG. A ver si te animabas a hacerte una ampliación.

FLOR. Vamos, hombre, vamos.

SAG. (Aparte.) (No se han entendido.)

FLOR. Perdone usted, joven, perdone usted. Yo entendí que venía usted a ofrecerse para una plaza de dependiente que hay vacante...

SEV. Hombre, por eso no hay nada perdido. Aquí me tienen ustedes.

FLOR. ¿Usted conoce el comercio?

SAG. Sí, papá. ¿No te dije que ha sido comerciante? (Aparte a Florencio.) (¡Quédate con él!)

FLOR. Entonces no hay más que hablar. Se queda en la casa. ¿Usted será soltero?

SEV. Soltero, gracias a Dios.

FLOR. Lo digo porque la colocación es interna.

SEV. Sí, sí. No tenga usté cuidao. Soy enemigo del matrimonio.

(Movimiento de disgusto en Florencio.)

SAG. (Aparte a Florencio.) (No te quedes con él.)

SEV. Claro, que si yo encontrara algún día una muchacha educada, buena, bonita, en fin, ustedes perdonen la comparación, ¿eh? una cosa así como su hija de usté, me casaría en seguida.

SAG (Aparte a Florencio.) (Quédate con él.)

SEV. Vamos, esto es un ejemplo. No vayan ustedes a creerse que yo pretendo así como así... Nada, nada. Yo a esta señorita la respetaré como se merece, y de mí no escuchará una frase de amor jamás. Para mí, como si no existiera.

SAG. (No te quedes con él.)

SEV. Claro es que no sería el primer caso de que un dependiente se casara con la hija de su principal... Siendo ella gustosa y él honrado y bueno, ¿con quién mejor?

SAG. (Quédate con él. Quédate con él.)

SEV. Vamos, esto es hablar por hablar. Ya comprenderá usted...

FLOR. Sí, sí. Comprendida la intención. Bueno. ¿Y cuándo puede usted venir a prestar sus servicios?

SEV. Yo desde este momento estoy a su disposición. Unicamente le pediré un favor. Que me dejen acercarme a la casa de huéspedes a recoger la maléta y a avisar que no voy a dormir esta noche. Es porque no corra el el día.

FLOR. Sí, sí, corra usted por ella. Y en seguida, aquí.

SEV. Hasta ahora mismo. (Aparte desde la puerta.) (¡Dios mío! ¡Si habré tropezado con mi felicidad!)

SAG. ¿Qué te parece, papá?

FLOR. Que donde menos se piensa salta la liebre. Y nada, que ha caído como un conejo. ¿Quién nos había de decir que este muchacho, que entró aquí a ofrecernos ampliaciones, iba a ser el dependiente y quién sabe si tu marido?. . ¿A ti te parece bien?

SAG. A mí, sí. Vamos, yo creo que me ha hecho impresión. Es un muchacho simpático y parece bueno.

FLOR. Un poco ordinario.

SAG. Yo no lo encuentro así. ¡Mira que decir que este muchacho es ordinario! (Cogiendo el retrato.)

FLOR. ¡Ah! ¿Traía un retrato?

SAG. Sí; es el que llevaba para propaganda de las ampliaciones. Fíjate, papá, fíjate en él.

FLOR. Ya, ya. Si me he fijado en el original. Quizá me haya resultado ordinario por su indumentaria.

SAG. Eso sí. El pobre debe andar mal de ropa. Pero mira qué cara de listo tiene.

FLOR. Sí, sí. No debe ser torpe.

(Aparece VALDIVIA, que los sorprende embobados mirando la ampliación.)

VAL. Ya estamos aquí otra vez.

FLOR. Hola, Valdivia. Apropósito. ¿Qué te parece este muchacho?

VAL. Hombre, según para lo que sea.

SAG. Para .. dependiente.

VAL. ¡Ah! Ya. Pues... Me parece bien. Hay tipo,

hay tipo. Ahora, que en fotografía tóos paecemos buenos. Lo que hace falta es conocerlo y oirle hablar.

SAG. Hablar, habla por los codos.

VAL. ¿Pero ustedes le conocen personalmente?

FLOR. Si hace un momento que ha salido de aquí. Se trata de un muchacho que no teniendo colocación en el comercio, se había dedicado a correr ampliaciones, y llevaba un retrato suyo como propaganda. Ha entrado a ofrecernos sus servicios, hemos simpatizado. A Sagrario parece ser que le ha hecho impresión y nos hemos quedado con él. ¿Qué te parece?

VAL. Bien. Ahora lo que hace falta es conocer a fondo sus condiciones y sus antecedentes.

FLOR. A mí a primera vista no me ha parecido mal sujeto. Desde luego no tiene familia en Madrid; esto ya me agrada. Está en una casa de huéspedes, donde podemos ir a tomar informes. Poco a poco iremos averiguando su pasado; mientras tanto, se ve si ellos congenian, y, si como yo supongo, el chico es bueno, como Sagrario no es ningún coco, pues él mismo se insinuará en el sentido que nosotros pretendemos.

VAL. Y si no, ya les dije a ustés que para algo están los amigos. Quiere decirse que yo me doy una vueltecita por aquí con las muestras. Le doy unos golpecitos en la espalda; le meto los dedos en la boca; le pincho...

SAG. Sí; le da usted una paliza.

VAL. Ya me comprenden ustedes. La cosa es darle alas pa que el pollo abra el pico y cante la gallina. Vamos, le pongo en condiciones de que al mes siguiente vayáis un día a la calle de la Pasa.

SAG. Gracias, señor Valdivia.

VAL. De nada. Y ahora, al negocio. Aquí están las tiras bordadas que me pidió. (Las deja sobre el mostrador.)

FLOR. Está bien, hombre, está bien.

VAL. ¿Se ofrece algo más?

FLOR. Nada más. Y muchas gracias por todo.

VAL. Ustedes me mandan. Dentro de unos días daré una vueltecita por aquí.

FLOR. Cuando quieras, hombre, cuando quieras.

VAL. Adiós, Sagrario, y... buena suerte.

SAG. Muchas gracias.

VAL. De ná, mujer, de ná. (Aparte.) (Hay que ver lo que se inventa hoy día pa cazar un marido.) (Vase.)

SAG. ¡Ay, papá! Antes estaba muy nerviosa, pero ahora estoy más aún. ¿Será bueno este hombre? ¿Le pareceré yo bien a él? ¿Me gustará siempre como ahora o me habrá engañado el corazón?

FLOR. Mira, hija, déjate ahora de tonterías. Ha llegado el momento de la seriedad. A observarle bien, y a hacerte simpática a él noblemente, sin darle demasiada confianza y sin llegar más allá del límite que marca la educación y la dignidad de una muchacha honesta y recatada. ¿Me has entendido?

SAG. Sí, papá. No creas que soy tonta. Y además, sabes que tengo juicio.

FLOR. Eso es lo que hace falta: juicio. ¡Mucho juicio!

(Aparece SEVERO con una maleta y una sombrerera de cartón en bastante mal uso.)

SEV. Ya estoy de vuelta. (Deja todo en el suelo.)

SAG Pronto ha venido usted.

SEV. Sí, señorita. Si era aquí, muy cerca.

FLOR. ¿Dónde estaba usted de huésped?

SEV. Aquí al lao. En Latoneros, treinta y uno. Por cierto que la patrona se ha quedao desconsolada. Lo ha sentido mucho. Y claro, como yo la debía un piquillo, lo ha sentido más.

FLOR. Pues mañana mismo va usted a pagárselo. No quiero que tenga usted trampas.

SEV Muchísimas gracias. (¡Qué amable es!)

FLOR. Y ya me dirá usted el dinero que necesita. Como si quiere hacerse algún traje o ropa interior; en fin, lo que le haga falta.

SEV. Muchas gracias, muchísimas gracias. (Aparte.) (Nada, que he caído de pie.)

FLOR. Y ahora, suba usted a tomar algo.

SEV. Muchas gracias. Tomé café esta mañana.

FLOR. No importa. Aquí comemos muy tarde. Anda, Sagrario. Acompáñale y di a la muchacha que le dé una taza de caldo y un poco de jerez.

SAG. Sígame usted, joven. (Con cierta coquetería.)

SEV. Con mucho gusto. Es usted muy amable.

SAG. Gracias. Es favor. (*Vase, mirándole picarescamente.*)

SEV. Justicia, señorita. Justicia a secas. Hasta luego, don...

FLOR. Florencio.

SEV. Hasta luego, don Florencio.

FLOR. Hasta luego. ¡Buen provechito!

SEV. Muchas gracias. Muchísimas gracias. (*Aparte.*) (¡Dios mío! ¡Esta casa es la gloria! ¿Estaré yo soñando?) Hasta luego. Muchas gracias. Muchísimas gracias. (*Vase haciendo mil reverencias.*)

FLOR. ¡Pobre chico! Ahora me resulta más fino que antes. Lo único que me parece ordinario es el equipaje. Claro, no tiene nada de particular. Ganan poco. Tienen sus vicios... En fin, lo que hace falta es que sea una persona decente. Yo creo que sí. A mí también me ha hecho buena impresión.

SAG. Ya le he dicho a la muchacha que le sirva el caldo.

FLOR. Bien, hija mía.

SAG. ¡Pobrecillo! ¿Has visto qué equipaje tiene?

FLOR. Ya lo he visto, ya.

SAG. Una maleta vieja y una sombrerera más vieja todavía... Y la trae llena de papeles... (*Registrando en ella.*)

FLOR. Bueno, bueno. Deja eso. No seas curiosa.

SAG. (*Que sigue revolviendo en ella.*) Mira, papá. Aquí tiene un retrato. Es una señora de edad. Y está dedicado. «A mi querido hijo». Debe ser su madre.

FLOR. (*Con el retrato en la mano y aparte. Sagrario sigue revolviendo en la sombrerera.*) Sí, será su madre. Pero calla. ¿Qué veo? ¡Esta cara!... ¡Yo recuerdo esta cara!... Sí. ¡Justo! ¡Es ella!...

SAG. (*Leyendo la portada de un librito.*) «El arte de no pagar al casero.» ¡Ay, qué gracia tiene!

FLOR. (*Preocupado, sin dejar de mirar al retrato.*) ¡Es ella, sí! ¡Es ella! ¿Y este hombre tiene el retrato? Luego ella es su madre... Y al ser ésta su madre, él es su hijo... Y al ser su hijo, es también hijo mío... Es decir, según ella, yo soy su padre... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué coincidencia tan fatal!

SAG. «El coche número 13.» Es aficionado a las novelas.

FLOR. Nada, nada. Este hombre no puede quedar-

se aquí... ¿Pero cómo le digo yo a mí hija?...

SAG. «Los doscientos cuarenta y nueve motivos que tiene el hombre para no casarse.» ¿Qué es esto? Mira, papá, qué libro más gracioso.

FLOR. A ver. (Leyendo.) «Los doscientos cuarenta y nueve motivos que tiene el hombre para no casarse.» ¡Qué barbaridad! (Aparte.) (¡Esta es la mía!) Bueno, ya comprenderás que teniendo este libro no puede quedarse aquí.

SAG. ¿Por qué no? No tiene importancia. Esto será un libro de risa.

FLOR. Pues a mi no me hace gracia ninguna, Ya ves tú qué opinión tiene del matrimonio. Nada, nada. Guarda eso ahí y que se vaya inmediatamente.

SAG Pero, papá. Yo creo que eso es poco serio.

FLOR. Menos serio es él. En cuanto baje le despido.

SAG. Yo creo que haces muy mal.

FLOR. Y yo creo que hago muy bien. (Fingiendo un gran disgusto.)

SAG. (Aparte.) (¡Dios mío! ¿Qué le habrá pasado a mi padre para este cambio?)

SEV. (Que sale muy contento.) (¡Hay que ver! ¡Hasta la criada es guapa en esta casa! ¡Esto es Jauja!) Don Florencio, a sus órdenes.

FLOR. (Sin mirarle.) ¿A mis órdenes? Coja usted sus bártulos y a la calle.

SEV. ¿Pero cómo? (Con la extrañeza que es de suponer.) Pero... Pero don Florencio, ¿es que me despide usted?

FLOR. Sí, señor.

SEV. Pero, bueno, pero... ¿se pueden saber los motivos?

FLOR. Los doscientos cua... Es decir, no tengo que darle explicaciones. No me conviene usted y hemos terminado.

SEV. Hombre, esto me parece un abuso.

SAG. Papá, ¡por Dios! Mira bien lo que haces.

FLOR. Está bien mirado. ¡A la calle ahora mismo!

SAG. Considera que este señor va a creer que estás loco.

SEV. De eso hace tiempo que estoy convencido. Por eso, como yo no quiero discutir con locos, me voy. (Coge la maleta y la sombrerera.

FLOR Sí, sí. Váyase inmediatamente.

SAG. Papá, yo no puedo consentir eso. Usted no se va de esta casa.

FLOR. (Sin saber qué hacer ni qué decir.) ¡Está bien! ¡Está bien! ¿De modo que aquí mandas tú?

SAG. Aquí mandas tú. Pero en este caso no manda nadie más que la razón. Y la razón es que a este hombre se le ha admitido en la tienda, y no se le puede despedir así como así.

SEV. ¡Muy bien, señorita, muy bien!

FLOR. Estará muy bien, pero yo soy el amo de mi casa y le digo que se vaya.

SEV. Sí, hombre, sí. Ya me voy. No tenga usted cuidado.

SAG. Caballero, ¡usted no se va de aquí!

SEV. ¿En qué quedamos? ¿Me voy o me quedo? (En este momento aparece CRÓTIDO.)

CRÓT. Buenas. Venía, que como he visto el cartel puesto, digo, pues eso es que no se han quedado con el otro dependiente.

FLOR. No, señor, no.

SAG. Sí, señor. Nos hemos quedado con él. Precisamente es este joven.

FLOR. (Aparte.) (¡Dios mío! ¡Qué conflicto!)

CRÓT. ¡Ah! ¿De modo que usted es el que da diez duros encima?

SEV. ¿Pero qué dice este tío?

SAG. No le haga usted caso.

SEV. Ya me figuro que esta loco también.

CRÓT. Estos son los culpables de que estén tan mal las colocaciones... ¡Valiente sinvergüenza!

SEV. Oiga usted, ¿eso es por mí?

CRÓT. Sí, señor; por usted.

FLOR. (Aturdido.) Mire usted, joven. (A Crótido.) He decidido que ni este señor ni usted me convienen para la tienda. ¡Conque, a la calle! ¡A la calle los dos! (Tratando de empujarlos.)

SAG. No, señor. Este, no.

CRÓT. ¡Los dos! ¡Los dos! ¡Venga usté a la calle, que allí nos veremos!

SEV. ¡Ea! ¡Ya me he cansao yo! ¡Ande usté de ahí, so cangrejo! (Le da un puntapié.)

CRÓT. ¿A mí? ¿Tocarme a mí? ¡Granuja! (Le tira un maniquí de los que habrá sobre el mostrador.)

SEV. (Tirándole la maleta a la cabeza.) ¡Sinvergüenza!

SAG. ¡Ay, ay, papá! ¡Que se pegan! ¡Que se pegan!

FLOR. Déjalos, déjalos. ¡A la calle! ¡A la calle! (Tratando de empujarlos, pero sin conseguirlo, porque los dos siguen tirándose cosas a la cabeza).

SAG. No, no. Eso, no. ¡A la calle, no! ¡Ay! ¡Ay! ¡Papá, que me pongo mala! ¡Que no se vaya! ¡Ay, ay! (La acomete un acceso nervioso.)

FLOR. (Sosteniendo a su hija.) ¡Hija hija! ¡Sagrario, Sagrario! ¡No se vaya usted, hombre; no se vaya usted! (¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué se me ocurriría a mí lo del cartelito?)

(Sagrario queda accidentada en brazos de don Florencio, y Crótido y Severo siguen luchando hasta que cae rápidamente el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero

(Al levantarse el telón aparece SEVERO tras del mostrador y SAGRARIO sentada junto a la máquina, cosiendo.)

SEV. Diga usted, Sagrario. ¿Qué marca se ponen a estos delantales negros?

SAG. Póngales L. L.

SEV. L. L. ¿Que son? Son... ¿Cómo me dijo usted que era la marca de la casa?

SAG. ¿Ya se le olvidó? ¡Qué mala memoria! «¡Olé tu prima!»

SEV. ¡Ah! Sí, sí. Perdone usté, pero estoy un poso preocupado.

SAG. ¿Por qué?

SEV. Por el jaleo que se ha armao con entrar yo en esta casa. ¡Cómo iba a suponer yo que su padre se iba a poner así conmigo!... Y el caso es que yo no comprendo su actitud.

SAG. Ni yo tampoco.

SEV. Me recibe tan amable y tan atento, y de pronto se incomoda y me quiere echar. Gracias a usté, que reconociendo que eso era un atropello, se opuso a que yo saliera de esta casa.

SAG. Sí, señor. Porque yo ante todo soy justa. ¿Qué había usté hecho para despedirle de esa manera?

SEV. Yo, nada. Tomar una taza de caldo. Y eso no es motivo para tomarla conmigo. Porque

su padre de usté la ha tomao. No sé por qué, pero la ha tomao.

SAG. Eso digo yo. Por qué. A mí no me dice más que es usté un granuja. ¡Que sabe Dios de qué familia será usté!...

SEV. ¿De qué familia? Qué más quisiera él tener en la tienda los pañales que yo he tenido. Y si no, que pregunten en Ciempozuelos por los Pinitos. ¡Que pregunten por mi padre! Bueno, si preguntan por mi padre le dirán que se ha muerto. Pero que pregunten por mi madre. ¡Es una santa, Sagrario, es una santa!

SAG. Sí, si la conozco. ¡Vamos, la he visto en fotografía!

SEV. ¿En fotografía? Si mi madre no se ha retratado nunca.

SAG. Verá usté. La otra mañana limpiando en su cuarto, se cayó de la sombrerera un retrato de una señora anciana. Lo cogí, y al ver que la dedicatoria decía «A mi querido hijo», calculé que sería su madre.

SEV. No, señora. Ese es un retrato que me dieron una vez para hacer una ampliación y luego cuando se fué a entregar no existía la tal señora en aquella casa. Y yo lo tenía ahí con otros varios por si lo reclamaban alguna vez en la fotografía. Mi madre, si Dios quiere, la conocerá usted personalmente dentro de poco. Ya le he escrito a mi padrastro diciendo que estoy colocado, para que vengan los dos. Vamos, los conocerá usté si sigo en la casa. Que a este paso estoy viendo que me tendré que ir antes de que vengan ellos.

SAG. Eso no. Usted sigue aquí. Que si mi padre está un poco frío con usted, porque duda de su persona, cuando conozca a sus padres y vea que son decentes y honrados, cambiará de parecer.

SEV. Qué sé yo. A su papá de usted le pasa algo muy raro. Yo algunas veces pienso si es que estará loco.

SAG. Eso he llegado a pensar yo también. Si habrá sufrido algún trastorno mental...

SEV. Mire usted. Sin ir más lejos, ayer estaba yo solo aquí. Bajó. Estuvo mirándome muy fijo más de cinco minutos, y por último, casi llorando, se metió en la trastienda di-

ciendo entredientes: «¡No es posible! ¡No es posible!» Ya ve usté. No es posible que esté en su sano juicio.

SAG. Sí, sí. Yo, la verdad, estoy alarmadísima.

SEV. Es para estar. Es para estar.

SAG. ¡Ay, ay! Que baja, que baja.

SEV. ¿Que baja? Dios me coja confesao. (Vuelve al mostrador.)

(Aparece FLORENCIO muy triste y preocupado.)

FLOR. ¡Sagrario, Sagrario!

SAG. ¿Qué quieres?

FLOR. Ya te tengo dicho que no quiero que estés en la tienda.

SAG. Pero si es que...

FLOR. ¡Anda! ¡Anda arriba y no me repliques!

SAG. Voy, papá. (Aparte.) ¿Pero, señor, qué le habrá pasado a mi padre? (Vase.)

FLOR. (Mirando a Severo y aparte.) ¡Cinco! ¡Cinco días aquí! ¡Cinco siglos me han parecido!

SEV. (Ya está. Ya está mirándome y hablando solo.)

FLOR. (¡Y mi hija está enamorada de él! ¡Y él lo habrá comprendido y se habrá declarado a ella. Dios mío! ¿Qué hago? ¡Ilumíname!)

SEV. (¡Hay que ver lo excitao que está! ¡Dios mío, que no le dé por hacerme daño.)

FLOR. (A mí no se me ocurre nada. ¡Y Valdivia sin venir! ¡Porque yo creo que no habrá venido!) ¡Severo!

SEV. ¡Man... man... mande usté!

FLOR. ¿Ha estado alguien a preguntar por mí?

SEV. No; no, señor, no.

FLOR. ¿Está usted seguro?

SEV. Sí, señor, sí. Estoy seguro. (Aparte.) Vamos, muy seguro no estoy.

FLOR. (Aparte.) ¡Qué conflicto, qué lucha, qué tormento!

SEV. (Se está poniendo peor.) (Rezando.) (Padre nuestro, que estas en los cielos...)

FLOR. (Porque si yo supiera que no era mi hijo... Pero, ¿y si es mi hijo?) (Mirándole.)

SEV. (En el nombre del Padre, del Hijo.., y del Espíritu Santo, amén.)

FLOR. (Nada, nada; por más que hago no puedo estar aquí. Me voy arriba.) ¡Severo!

SEV. ¿Man... de usted?

FLOR. En cuanto venga un corredor preguntando por mí, me avisa en seguida.

SEV. Sí, señor, sí.

FLOR. ¿No se le olvidará a usted?

SEV. No, señor, no.

FLOR. (Inicia el mutis mirándole.) (¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será?... ¿No será?... La duda me mata... ¡Me mata, me mata!) (Vase.)

SEV. Bueno, este hombre me mata. La ha tomao conmigo, y un día le da el acceso y es capaz de cualquier barbaridad. ¡Pobre hombre! ¡Está completamente loco! ¡A mí de quien me da lástima es de la hija! ¡Qué simpática! Es una mujer que haría feliz a cualquier hombre. ¡Pero con el padre así, quién la dice nada! Porque yo la hablaría, pero... Pero, no, no. Yo me tengo que marchar de aquí. Estoy en un peligro constante.

VALD. (Por el foro.) Salú y negocio.

SEV. Muy buenas. ¿Qué deseaba?

VALD. ¿Usted no me conoce? Yo soy el corredor de la casa Alonso, Gómez y Compañía.

SEV. ¡Ah! Ya. El corredor, sí, sí. (Aparte.) Este debe ser el que espera él.

VALD. ¿No está don Florencio?

SEV. Sí, señor. Voy a avisarle.

VALD. No, no. Déjelo. Ya bajará. No tengo prisa.

SEV. Tome usté asiento.

VALD. Gracias. No tengo costumbre. (Saca la petaca.) ¿Usté fuma?

SEV. Sí, señor.

VALD. Ahí va un pito.

SEV. Mil gracias. (Lo enciende.)

VALD. (Aparte.) (Con seguridad que la prisa que tié don Florencio en que viniera es para que le pinche a este socio. Pues yo voy a meterle mano.) Bien, joven, bien. ¿Conque usté es el dependiente nuevo?

SEV. Para servir a usté.

VALD. Me alegro, hombre. A ver si se anima el negocio. Don Florencio está ya muy trabajao y va perdiendo los papeles. Aquí está haciendo falta gente joven, gente que tenga la cabeza más despejada.

SEV. Sí, sí. (Aparte.) (Este también sabe que está loco.)

VALD. Pues, amigo, le felicito. Ha entrao usté en una casa que es la gloria pura.

SEV. Sí parece buena casa.

VALD. Lo mejor de Madrid. Tranquila. De poco

trabajo, de mucho dinero... Porque le advierto a usté que don Florencio está muy bien. Yo creo que ni él mismo sabe lo que tiene.

SEV. Eso creo yo.

VALD. Y no le digo a usté ná si le da la chifladura por usté.

SEV Yo creo que le ha dao.

VALD. Pues si le ha dao ha hecho usté su suerte, amigo.

SEV. Ya veremos. Según le dé.

VALD. Y de la chica, no hay que hablar. Es bonita, trabajadora, lista... ¡Un premio gordo!

SEV. Sí, sí. A mí me ha encantado la muchacha.

VALD. Y a cualquiera, hombre. Bueno, pues ya ve usté. Lo que son las cosas de la vida. Todavía no ha tenido novio. Amos, le digo a usté esto, porque... ¡quien sabe! Si usté se porta bien y la chica se interesa por usté...

SEV. ¡Quién sabe; sí, señor!

VALD. ¡Nada, hombre, nada! ¡A trabajar! A hacerse simpático a la muchacha, y es usté el amo. ¡Lo que se dice el amo!

SEV. (Mirando a lateral izquierda.) ¡El amo!

VALD. Sí; señor; el amo.

SEV. ¡El amo, el amo! Don Florencio que baja.

VALD. ¡Ah, ya! (Aparte.) Creo que pa ser la primera vez ya le he dicho bastante.

FLOR. Hola, Valdivia. Te esperaba impaciente.

VALD. Pues aquí estoy ya.

FLOR. ¡Severo!

SEV. (Con el miedo de siempre.) Mande usté, don Florencio.

FLOR. Suba a tomar el desayuno.

SEV. Voy. Voy en seguida. ¿Usté gusta? (A Valdivia.)

VALD. Que aproveche, pollo, que aproveche. (Vase Severo.) Es simpático este muchacho.

FLOR. ¿Cómo? ¿Has hablado con él?

VALD. Sí. Ya le he indicao algo respecto a las condiciones de la casa. Este se declara en seguida.

FLOR. ¡Me has matao, Valdivia, me has matao!

VALD. Pues ¿qué pasa?

FLOR. Calla y escucha. (Con misterio.) Tú sabes que antes de casarme con la que fué madre de Sagrario, tuve amores con otra mujer...

VALD. Sí. ¡Aquella prójima que le dió tantos disgustos!

FLOR. ¡Friolera! El último fué querer atribuirme a la fuerza la paternidad de un hijo. Yo, al principio, estuve si caigo o no en la red, porque soy hombre de corazón y la quería de verdad. Pero amigos cariñosos me demostraron que no era yo solo el dueño de su cariño, y entonces me negué a reconocerlo. Me amenazó, me insultó, me llevó al Juzgado. ¡Qué sé yo lo que hizo por perderme aquella mala pécora!

VALD. Bueno, pero ¿todo eso qué tiene que ver con que yo le haya hablado al dependiente?

FLOR. Porque ese hombre tiene que salir de aquí. Ese hombre es el hijo que aquella mala mujer quiso atribuirme a la fuerza.

VALD. ¡Atiza! ¿Y usté cómo lo sabe?

FLOR. Porque registrando sus papeles he encondo un retrato de ella, ¡de su madre!, con una dedicatoria, que dice sencillamente: «A mi querido hijo.» Ya ves qué conflicto. Es preciso que esa mujer no sepa de mí. Que no me encuentre, porque estoy seguro de que me busca la perdición. ¡La ruina, Valdivia, la ruina! ¡La desgracia se cierne sobre mí! Llevo unos días que hasta he llegado a pensar en el suicidio.

VALD. ¡Caray, don Florencio! La cosa es grave, pero no es pa tanto. Aquí lo que hay que ver es el medio de deshacerse de este hombre. (Pensando.)

FLOR. Para eso quería hablar contigo, a ver si a ti se te ocurre algo. Yo ya he pretendido echarle tres veces y mi hija se ha opuesto tenazmente; por lo visto se ha enamorado de él. Y yo no puedo hacer más que lo que hago. Estar siempre regañándole, a ver si se marcha aburrido.

VALD. En eso ha hecho usté mal. Usté ha debido tratarle bien, precisamente para inspirar confianza y despistar.

FLOR. Es verdad. Ahora veo que lo he echado a perder.

VALD. Bueno, pues a mí no se me ocurre nada... Pero, ¡calle usté! Calle usté, que he visto un camino.

FLOR. ¿Cuál?

VALD. El barrio de las Injurias.

FLOR. ¿Dónde vamos a parar por ahí?

VALD. A casa de una individua que yo conozco. Se trata de una especie de nigromántica, sibila, bruja o como se la quiera llamar. A esta individua se la explica el caso y tengo la seguridad de que nos da la solución.

FLOR. Pues andando. Ahora mismo.

VALD. Echese usté diez duros al bolsillo, y un revólver por lo que puá ocurrir.

FLOR. ¿También armas?

VALD. Sí. Porque el barrio donde vamos es de peligro y hay que ir prevenido.

FLOR. Nada, nada. Voy a llamar al dependiente y nos vamos a escape. (Llamando.) ¡Severo! ¡Severito!

VALD. ¡Así, así! Con mimo. Empiece usté a tratarle con mimo.

FLOR. ¡Severito!

SEV. (En la puerta con el miedo consiguiente.) Mande usté.

FLOR. (Muy amable y sonriente.) ¿Ha almorzado usté ya?

SEV. (Un poco aturdido por la amabilidad.) Estaba terminando.

FLOR. ¡Caray, cuánto siento haberle molestado!

SEV. No, no. Si había terminado ya. (Aparte.) ¿Qué será esto?

FLOR. ¿Qué ha tomado usté?

SEV. Lo de todos los días, café.

FLOR. ¿Y por qué no le dan a usté chocolate?

SEV. No sé decirle.

FLOR. Ya le dije que pidiera lo que se le antojara. Desde hoy en adelante, pide usted lo que más le apetezca. ¿Ha oído, Severito?

SEV. Sí, señor; sí.

FLOR. Y ahora mucho cuidado, que voy a salir.

SEV. Vaya, vaya usté tranquilo.

FLOR. Hasta luego. ¡Ah! Caramba, Valdivia. Que no te he presentado al dependiente.

VALD. Ya. Ya he estao hablando con él.

FLOR. Un muchacho muy inteligente, muy trabajador y muy bueno.

SEV. (¡Pero qué tío más loco!)

FLOR. Nada, nada. Siga usted portándose como hasta ahora, que estará usted en mi casa toda la vida.

SEV. Muchas gracias. Usté es mi padre.

FLOR. (Asustado.) ¿Cómo?

SEV. Nada. Que yo también le quiero como a un padre.

FLOR. ¡Ah! Bueno. Bueno. Vamos, Valdivia.

VALD. Adiós, pollo. (Vase.)

SEV. Adiós, señor Valdivia. Nada. Este don Florencio está loco rematao. Menos mal que ahora le ha dao por tratarme bien.

(Vuelve don Florencio muy deprisa. Severo al verle entrar huye a refugiarse tras el mostrador.)

FLOR. ¡Severo!

SEV. (¡Atiza! Le ha dao la vena.)

FLOR. Estoy medio loco, hombre. Deme usté el revólver.

SEV ¿El revólver? Yo no tengo revólver.

FLOR. Si es el mío. Está ahí en el cajón del mostrador.

SEV. Don Florencio... ¿Qué va usté a hacer?

FLOR. Nada, hombre, nada. Deme usté el revólver.

SEV. Pero... Don Florencio... Pero...

FLOR. ¡Vaya, hombre! ¡Parece usté tonto! (Pasa al mostrador y Severo huye por el otro lado.) Si no le hago a usted nada. (Sacando el revólver del cajón.) (Me ha tomado un miedo horrible.) ¡Cuidadito, ¿eh?, cuidadito.

SEV. Sí, señor; sí. No tenga usté cuidado.

FLOR. (Ya verás la que te espera.) (Vase.)

SEV. Pues señor, en esta casa me pagan bien; pero no gano para sustos. ¿Dónde irá este hombre a las diez de la mañana con un revólver? ¿Le dará por matar al corredor?... Lo sentiría, porque me ha sido muy simpático. Por cierto, que estoy pensando en lo que me ha dicho respecto a la muchacha. Bueno, yo ya había adivinao algo. La chica se ve que está por mí. Así es que yo no debo dudar un momento. Yo voy a hablarla, y si me dice que sí, que sí que me lo dice, en cuatro días arreglamos los papeles y nos casamos. Y en cuanto nos casemos, le mando al padre a mi pueblo. ¡A Ciempozuelos! Que es donde debe estar.

SAG. (Desde la puerta.) ¿Se fué papá?

SEV. Ahora mismo acaba de salir con el señor Valdivia.

SAG. Me alegro. Es un buen amigo de casa y le aconsejará bien. A ver si quiere Dios que se le quiten esas manías. Porque yo voy cre-

yendo que lo que tiene papá son manías. Y el caso que él no era antes así. El cambio ha sido desde que entró usted en la casa.

SEV. Sagrario, yo lo deploro. Pero no veo la razón de que por mí haya perdido la razón. Ahora bien, que usted sufre por mi causa. Y aunque yo soy un santo, y estoy aquí en la gloria, me tendré que ir porque no sufra un ángel.

SAG. Gracias por la lisonja. (Ruborosa.)

SEV. Sagrario. Voy a confesarla un secreto. (Aparte.) (Yo me lanzo.) Yo no he venido aquí por ser dependiente.

SAG Ya lo sé. Usted vino a ver si deseábamos una ampliación.

SEA. Tampoco. Eso fué el pretexto. Yo vine aquí en nombre de un sujeto que está enamorado de usté.

SAG. (Dándose cuenta de que es una declaración de amor, pero sin darse por enterada.) ¡Ah! ¿Sí? Y, ¿quién es? ¿Le conozco yo?

SEV. No le conoce usted todavía.

SAG. ¿Y cómo no vino a decírmelo él?

SEV. Porque es muy corto. Tan corto y tan miedoso que nunca se atrevió a decir nada a ninguna mujer. Se fijó en usted y me dijo: «Estoy en un apuro muy grande. Me he enamorado de una muchacha y no me atrevo a decírselo.» Y entonces yo, compadecido de su situación le contesté: «Pues no te preocupes. Yo la hablaré. No quiero que pases un mal rato. Lo pasaré yo, que es igual que si lo pasaras tú.»

SAG. ¿Tanto se quieren?

SEV. Como hermanos. ¡Más que como hermanos! Somos, se puede decir, la misma persona. Si él llora, lloro yo también. Si a él le pegan, me duele a mí. Si él ríe, me río yo.

SAG. ¡Qué rareza! Pocos casos habrá como ese.

SEV. Ninguno. No habrá en el mundo otro igual a mí. Vamos, igual a él y a mí. De modo que usté dirá qué le contesta.

SAG. Es un compromiso. Primero tengo que conocerle. Porque aunque se parezcan tanto, no serán tan iguales que pueda decirle a usted lo que a él le diría. ¡Quién sabe si a él le podía decir que no, y a usted, si me hablara por su cuenta, que sí!

SEV. En ese caso, le contestaría: «Mira, chico, yo lo siento, tanto como tú, porque tú eres yo; pero la chica está por mí.»

SAG. (Riéndose.) ¡Ja, ja, já!

(Aparece UN PALETO de unos cincuenta años, cargado de varios paquetes y un caballo de cartón pequeño.)

PAL. A la pá e Dios.

SAG. (Distraída, sin darse cuenta de la llegada de éste.) Lo que yo creo es que dice usted que mi papá está loco; pero está usted más loco que él.

SEV. Es verdá, Sagrario. Loco, ¡más que loco!

PAL. (Avanzando a escena y dando gritos.) ¿Pero me despachan, o no?

SAG. ¡Ay! Usted perdone. ¿Qué deseaba?

PAL. Ahora mismo se lo digo. (Deja los bultos sobre el mostrador y saca una cuerda de la faja.)

SEV. (Aparte.) En qué mala ocasión ha llegao este hombre.

PAL. Pus nesecito un vestido pa chica de unos cinco años, de esta medía. Este núo primero es la espalda. Este otro es la manga y tóo esto es el largo.

SAG. ¿Claro u oscuro?

PAL. Claro, claro Tóo lo más alegre que puá ser. Y que tenga sus requilorios y tóo.

SAG. A ver si le gusta a usté éste. (Enseña un delantal de colores chillones.)

PAL. Sí que es majo, sí. Güeno. ¿Tién ustés también faldones pa cristianar?

SAG. Sí, señor.

PAL. De güena clase, ¿eh? Que esto es cosa mía.

SAG. Ahora los verá. ¡Severo! Sáquese usté los faldones.

SEV. En seguida.

PAL. Oiga, amigo. Enséñeme usté las bragas también.

SEV. Bragas no tenemos ya. (Vase a la trastienda.)

PAL. Entonces veremos los faldones. Yo quería llevarme de tóo. Es pa mi nieto, que baste ser y que sea el primero que tengo, que no quió que le falte de ná. Este caballejo tamién es pa él.

SAG. ¿Pues qué edá tiene?

PAL. No ha venío entoavía. Le faltan dos meses de camino.

SAG Sí que es usted prevenido.

PAL. ¡Anda! Le he comprao hasta Catón... Es que

como yo vengo a Madrí cá ocho o diez años, hay que aprovechar. Y lo que más me atosiga son los encargos que me han hecho en el pueblo. Como que he tenío que hacer una lista de ellos. (Saca un papel de la faja.) Usté que andará mejor de letra, haga el favor de leerme esa lista a ver lo que me falta. Dende ahí, dende ahí.

SAG. Vamos a ver. (Leyendo.) Un vestido pa la chica e la Bastiana, con las medías ajuntas.

PAL. Está.

SAG. Pa el Sinforiano unas coplas de ladrón, ladrón y asesino, asesino, y una postal de la Cárcel Modelo.

PAL. Está.

SAG. Pa el tío Prieto, el alcalde, un aparejo que no sea muy caro.

PAL. Ese le tengo en la posá.

SAG De la tía Zoila, ver si para su sobrina por la calle el Juanelo, que hace ya siete años que anda perdía.

PAL. Ese me pae que no le hago.

SAG. Pa el señor Cura dos cepillos. Uno pa las bo tas.

PAL. Ese me falta. Siga usté.

SAG Pa la tía Jenara una trenza e pelo castaño, a condición de que si no le gusta, la tomen el pelo a ella cuando venga pa San Isidro. Y no hay más.

PAL. Güeno. Muchas gracias.

SAG. No hay de qué.

SEV. Aquí están los faldones. (Los deja sobre el mostrador.)

SAG. Vea usted, a ver si le gustan.

PAL. Güenos son. ¿Cuánto vale tóo?

SAG Veinte pesetas.

PAL. Por reales, por reales.

SAG. Ochenta.

PAL. ¿Ochenta? Le doy a usté cincuenta y al avío.

SAG. No puede ser. Le cuestan a usté lo menos setenta y cinco.

PAL. Vaya, ni lo de usté ni lo mío. Setenta.

SAG Bueno. Por vender. Severo, envuélvaselo. (Severo hace un paquete con ello, mientras el Paleto saca el dinero de una bolsita que lleva en la faja.)

PAL. (Dándola el dinero.) Ahí vá, güena moza.

SAG. Gracias.

SEV. Ahí tiene usted.

PAL. (Cogiendo todos los paquetes que ya no sabe cómo llevarlos.) Vaya, que haiga salú.

SAG. Muchos líos lleva usté.

PAL. Pa lío el que me voy a hacer con tanto lío. Hasta la vista. Un cepillo, una trenza e pelo y buscar a la chica e la tía Zoila... (Vase diciendo esto de modo que el final ya no se le oiga.)

SAG. ¡Pobre hombre! Sí que va bien cargado. Y menos mal que hemos hecho venta.

SEV. Bueno, Sagrarío. ¿Qué me contesta usté de eso?

SAG. ¿De qué?

SEV. De lo que la he dicho a usté en nombre de ese enamorado.

SAG ¡Ah, sí! ¿De ese pobre loco?

SEV. Sí, señora.

SAG Pues, le contesto que ya sé quién es.

SEV. ¿Lo ha adivinado?

SAG. Me ha pintado usted su tipo de tal modo, que enteramente parece que le estoy viendo.

SEV. ¿Y qué le dice usté?

SAG. Que tenga paciencia. Que apenas si le conozco de vista. Cuando le conozca bien, le contestaré.

SEV. ¿Me contestará usté qué?

SAG. No sé, no sé. Ya veremos; estas cosas del amor hay que pensarlas despacio... Hay que... (Va hacia la puerta.) ¡Ay! ¡Papá! ¡Que viene papá! Hasta luego. (Vase precipitadamente.)

SEV. (Coge un plumero y se pone a limpiar.) ¡Su padre! Veremos a ver qué vena trae.

FLOR. Hola, Severito. Qué, ¿pasando el rato?

SEV. Pasando el plumero.

FLOR. ¿Y mi hija? ¿Ha bajado por aquí?

SEV. No, señor, no.

FLOR. Ha hecho mal. Ha debido bajar a ayudarle. Porque aunque usted es listo y trabajador, es mucho trabajo para uno solo. Voy, voy a ver por qué no ha bajado. Hasta luego, Severito.

SEV. Vaya usted con Dios, don Florencio.

FLOR. (Aparte.) Ya está todo preparado. Veremos cómo sale. ¡Dios mío! ¡Que me salga bien! (Vase.)

SEV. ¡Vaya! Parece que sigue en buenas. No, pues como siga así, le pido la mano de la

chica. Porque a ella, vamos, no se la he pedido claramente; pero yo creo que si se la pido me la da.

(Aparece la SEÑA BRIGIDA. Es una vieja con aspecto de bruja, que trae un chico de mantillas en brazos.)

BRÍG. Buenos días. ¿Tié usté delantales?

SEV. ¿De señora?

BRÍG. Sí, señor. Pa mí mesmamente.

SEV. Aquí tiene usté uno precioso. Clase extra, lavable y que no pierde. Si se lo pone usté, va a parecer que tiene treinta años escasos.

BRÍG. ¿Treinta? ¡Ojalá fuá verdá! Los he tenido, los he tenido. ¿Me hace usté el favor de tener el chico un momento, que voy a ver cómo me está de largo?

SEV. Sí, señora. Con mucho gusto. (Coge el crío.) Hola, pequeño. Tiene cara de granuja.

BRÍG. Ocho meses tiene. Es una alhaja.

SEV. ¡Qué lástima me dan estos angelitos! ¡Cómo habrá gente que los haga daño!

BRÍG. (Mientras se prueba el delantal mira con disimulo a lateral derecha.) Paece que me está largo.

SEV. Eso encoge mucho.

BRÍG. ¿No me engañará usté?

SEV. No, señora. Yo no tengo cara de engañar a nadie.

BRÍG. Sí, sí. Buena cara e pillo tié usté. (¡Es un infeliz!)

SEV. Soy más inocente que esta criaturita.

BRÍG. Bueno. ¿Cuánto vale?

SEV. Tres pesetas.

BRÍG. ¿Tres pesetas? Es usté muy carero. Estos me han costao siempre a tres reales.

SEV. ¿Tres reales? Usté está loca.

BRÍG. ¿Cómo loca? ¿Cómo loca? Usté es el que me quiere engañar a mí. Este me lo llevo yo en tres reales.

SEV. Me parece que no se lo lleva usté.

BRÍG. ¿Que no? Vaya si me lo llevo.

SEV. Le digo a usté que no.

BRÍG. (Gritando mucho.) Le digo a usté que sí. Me lo llevo, me lo llevo y me lo llevo.

SEV. ¡Que no se lo lleva usté! ¡Vaya! (Gritando también.)

FLOR. ¿Qué voces son esas?

BRÍG. Este granuja, ¡más que granuja!

FLOR. (Mostrando mucha extrañeza.) ¿Cómo? ¿De quién es ese chico?

BRÍG. De este canalla, que le tié abandonao.

SEV. ¿Pero qué dice usté, señora?

FLOR. ¿De modo que tiene usté un hijo abandonao? ¡Fuera, fuera de mi casa!

SEV. Don Florencio, que yo...

FLOR. (Sin dejarle hablar.) ¡A la calle ahora mismo. ¡Sagrario!

SAG (Asustada.) ¿Qué pasa, papá?

FLOR. Lo que yo te decía. Que este hombre es un granuja. Tiene un hijo abandonao.

SAG. ¿Un hijo?

BRÍG. Sí, señorita. Ahí lo tiene en sus brazos.

SEV. ¡Señora! Que está usté abusando de mi paciencia.

FLOR. Bueno, bueno. No quiero escándalos aquí.

SAG. Sí, sí. ¡Que se vaya, que se vaya!

FLOR. Anda, anda. Sácale su maleta en seguida. (Vase Sagrario a la trastienda.)

SEV. Don Florencio, que esto es una encerrona. ¡Que yo soy inocente!

BRÍG. ¡Tú lo que eres es un sinvergüenza!

SEV. Señora, no me insulte usté y tenga el chico.

BRÍG. No quiero. Llévalo tú, que pa eso es tuyo.

SEV. Señora, que lo tiro... Don Florencio, que yo...

FLOR. No necesito explicaciones. ¡A la calle!

SAG. (Sacando la maleta y la sombrerera, que las cogerá Brígida en seguida.) Aquí está todo. Y váyase inmediatamente. No quiero ni verlo.

SEV. Pero Sagrario, ¡por Dios!

SAG. ¡Fuera! ¡Fuera de esta casa!

FLOR. ¡Hala! ¡Hala! (Empujándolo.)

SEV. (Desesperado.) ¡Que esto es un atropello! ¡Que este chico no es mío!...

FLOR. ¡Ande! ¡Ande! Vaya usté con Dios. Vaya usté con Dios. (Sin dejar de empujar a Brígida y Severo hasta que desaparecen. Severo protestando a grandes voces.) ¿Lo ves? ¡Hija mía! ¿Lo ves?

SAG. ¡Ay, papá! ¡Qué desgraciada soy! (Llora.) ¡Qué disgusto más grande!

FLOR. Ya, ya. Ya lo comprendo. El único hombre que nos convenía y resulta que... Anda, anda, tómate una taza de tila y acuéstate.

SAG. ¡Ay, papá! ¿Quién lo iba a decir?

FLOR. Ya lo dije yo, hija mía; ya lo dije yo. No sé por qué me lo había figurado. Anda, anda, acuéstate, no te vaya a dar algo. (Llevándola cogida del brazo.)

SAG. ¡Ay, papá! ¡Qué desgraciada soy!

FLOR. Sí, sí. Somos muy desgraciados. (Fingiendo una gran pesadumbre. Vanse y en seguida vuelve FLORENCIO muy contento.) Ha salido admirablemente. Este hombre no vuelve por aquí. Y si volviera ya me las arreglaré yo para que se vaya. Lo importante es que mi hija ya se ha llevado el desengaño. Y como ahora no bajará por la tienda en ocho días no hay temor de que lo vea si acaso vuelve. ¡Ay! ¡Gracias a Dios que me siento tranquilo! Bueno, y gracias a Valdivia, que me proporcionó a esta mujer. ¡Qué bien lo ha hecho! Yo, ha habido momentos que aun sabiendo que era mentira, me creía que era verdad.

(Aparece ROBUSTIANO, que queda en el foro leyendo la muestra de la portada. Es un hombre de pueblo, pero que viste a usanza de Madrid.)

ROB. «La Canastilla». Aquí es. Buenos días. ¿Anda por ahí Severo?

FLOR. ¿Severo? ¿Qué quiere usted?

ROB. Soy su padre.

FLOR. (Muy extrañado.) ¿Cómo? ¿Su padre? ¿Usté su padre?

ROB. Sí, señor.

FLOR. ¿Está usté seguro que es su padre?

ROB. (Sonriente.) Amos, su padre, no. Soy su padrastro. Cuando me casé con su madre ya tenía este chico.

FLOR. (Aparte.) (Claro. Natural.)

ROB. Pero amos, yo lo quiero como si fuá hijo mío. Ahí está su madre.

FLOR. ¿Su madre?

ROB. Sí. Vié con una sobrina. (Sale a la puerta.) ¡Amos! Darse prisa...

FLOR. ¡Dios mío! ¿Ella aquí? ¿Y qué hago yo? Nada, me voy y sea lo que Dios quiera. (Vase a la trastienda.)

ROB. Amos, andar.

(Entran CRISPULA y BLASA. La primera de unos cincuenta años y la segunda de quince. Las dos de pueblo. Traen varios paquetes.)

CRÍS. ¿Es aquí ande está el chico?

ROB. Sí, mujer, sí. (Vuelve a escena.) ¿Pero cómo? ¿Se ha ido este buen señor? ¡Eh! ¡Buen amigo!

CRÍS. ¿Qué pasa, Robustiano?

ROB. Que estaba el amo hablando conmigo y ha desaparecido.

CRÍS. Pus llama al chico a ver si sale. ¡Severo!

ROB. ¡Severo! ¡Severito!...

(Los tres comienzan a gritar desaforadamente llamando a Severo. A las voces aparece SAGRARIO, asustada.)

SAG. ¿Qué pasa? ¿Qué voces son esas? ¿Quién son ustedes? ¿Qué desean ustedes?

ROB. Nosotros semos los padres de Severo.

SAG. ¿De ese granuja?

CRÍS. ¿Qué dice usté?

SAG. Tenía un hijo abandonao y se atreve a pedirme relaciones el muy sinvergüenza.

CRÍS. ¿Que mi chico tié un chico?

ROB. ¿Severo un hijo abandonao?

SAG Sí, señor, sí. ¡Es un canalla! ¡Un canalla!

CRÍS. ¿Qué te parece, Robustiano? (Llorando. La Blasa llora también.)

ROB. ¡Qué sé yo, mujer! Esa noticia me ha sentao como un tiro.

(Suena una detonación en la trastienda. Todos se quedan de una pieza.)

SAG. ¡Ay! ¿Ha sido un tiro, verdad?

CRÍS. ¡Un tiro! ¡Un tiro!

ROB. Y ha sido ahí.

SAG. (Como atontada.) ¡Ay! ¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre? ¡Papá! ¡Papá! (Vase corriendo a la trastienda.)

CRÍS. ¿Pero ves qué lío, Robustiano?

ROB. Ya, ya. ¡Cualquiá entiende este jaleo!

BLASA ¿Pero ande está el primo?

CRÍS. Oye. ¿Habrán matao a Severo?

ROB. ¡Qué sé yo! Esto no me gusta. ¡Que el chico tié un lío... que ahora suena un tiro...!

CRÍS. Robustiano, debemos dar parte a la justicia.

ROB. Sí, sí. Ahora mesmo vamos. (Va a salir y tropieza con SEVERO, que viene desesperado y tira la maleta con rabia.)

CRÍS. Severo, ¡hijo mío!

SEV. ¿Cómo? ¿Ustedes aquí?

BLASA Hemos venío a verte.

CRÍS. ¿Es verdá que tiés un chico?

SEV. Yo qué voy a tener. Este es un lío que me han buscao en esta casa. ¡En esta casa que hay un loco!

ROB. ¿Un loco? Pues se ha matao.

SEV. ¿Qué dice usté?

ROB. Estaba aquí una mozuela contándonos lo

del chico tuyo, cuando de pronto ha sonao un tiro y la muchacha se ha metío, diciendo: ¡Padre! ¡Padre!

SEV. ¡Pobre Sagrario! Ya me figuraba yo que este hombre acababa así. Cuando me pidió el revólver me lo calé. Voy a ver lo que ha sido. ¡Pobre Sagrario! ¡Pobre Sagrario! (*Vase corriendo.*)

ROB. Oye, Severo. Tú no te metas en belenes. ¡Amonos!

CRÍS. ¿Pero ves qué cosas, Robustiano?

ROB. Calla, calla. Estoy entontecío. Y lo que más me choca es que Severo no estaba aquí. Porque ya ves que viene de la calle con la maleta y tóo. ¿Dónde estaba Severo?

CRÍS. Eso igo yo también. ¡Ay! En este Madrí no hay más que enredos.

BLASA ¡Tío, tío! Amonos al pueblo, no sea que nus pase algo.

CRÍS. Sí, sí. Llama al chico y ámonos a escape.

ROB. ¡Severo!

CRÍS. ¡Severooo!...

(*Como la otra vez comienzan los tres a dar gritos llamando a Severo.*)

SAG. No griten ustedes. No griten ustedes, que ahora sale. (*Aparte.*) Ahora resulta que lo del chico era una invención de mi padre.

ROB. Oiga usté. (*Con mucho miedo.*) ¿Se ha matao el loco?

SAG. ¿Que loco?

CRÍS. El que dice Severo.

SAG. Aquí no hay ningún loco. Ese caballero es mi padre, que limpiando el revólver se le ha escapado un tiro.

SEV. (*Arrastrando a Florencio, que no quiere salir.*) Salga usted, salga usted. Necesito que se aclare esto delante de mis padres.

FLOR. (*Con la cara vuelta hacia la izquierda.*) Pero, si no hace falta aclaración. (*Aparte.*) ¡Dios mío! ¡Ella aquí! ¡Estoy perdido!

SAG Sí, papá, sí. Esto necesita aclararse.

FLOR. (*Aparte y sin volver la cara.*) (No me ha servido ni soltar un tiro para que se fueran. No se van ni a tiros.)

SAG. Vamos, papá. ¿Dime, por qué has inventado lo del chico? Explícate. Vuelve la cabeza.

ROB. (*A Críspula.*) Y dice que no está loco.

CRÍS. (*A Robustiano.*) Está rematao.

| | |
|---|---|
| SEV. | Sí, sí. Explíquese usté. Clarito, para que lo sepan mis padres. |
| FLOR. | (Aparte.) ¡Dios mío! ¡No hay más remedio! ¡Sea lo que Dios quiera! (Vuelve la cabeza y se queda mirando a Críspula de un modo terrible.) Pero... Pero... ¡Caramba! Si no es ella. |
| ROB. | (Aparte a Críspula.) Fíjate qué cara e loco tiene. |
| CRÍS. | (Idem a Robustiano.) (Y cómo me mira.) |
| FLOR. | (Sin salir de su asombro.) Pero... pero... Severo. ¿Quién es su madre de usté? |
| SEV. | Esta, hombre, ésta. |
| FLOR. | ¿Que esta es su madre? |
| CRÍS. | Sí, señor, sí. |
| FLOR. | ¿Y ese retrato que tiene usted con una dedicatoria, que dice: «A mi querido hijo?» |
| CRÍS. | (Ahora va a resultar que tié otra madre.) |
| SAG. | Ese retrato no es de su madre. |
| SEV. | No, señor. Ese retrato me lo dieron en la fotografía por si lo venían a reclamar alguna vez. Es de una ampliación que me encargaron y no fueron a recogerla. |
| FLOR. | ¡Qué alegría! ¡Un abrazo, Severo! ¡Un beso, hija mía! (Los abraza a los dos.) |
| BLASA | (Está rematao el buen señor.) |
| FLOR. | Ese retrato es el culpable de todo. Es el de una mujer de cierta vida a quien yo conozco de antiguo. Y creyendo que fuese su madre me oponía a que siguiera usté aquí y a que hablase con mi hija por temor de que esa mala mujer ingresara en la familia. Perdóneme. Perdonadme todos. |
| ROB. | ¿Entonces ya está tóo arreglao? |
| FLOR. | Sí, señor. Tan arreglado que Severo se queda en la casa. No de dependiente, sino de dueño. Le concedo la mano de mi hija. |
| SAG. | ¡Papá, por Dios! Si todavía no le he dicho que sí. |
| SEV. | Es igual. Me lo has dicho con los ojos. |
| SAG. | ¿Qué dirá ese otro que está enamorado de mí? |
| SEV. | Ya te digo que es igual,<br>pues yo soy él y él soy yo.<br>Y ahora, público imparcial,<br>dame un aplauso al final<br>si el juguete te gustó. (Telón.) |

FIN DEL JUGUETE

# Obras de Enrique Paradas y Joaquín Jiménez

---

*Los zapatos de charol,* zarzuela en un acto y tres cuadros. (Tercera edición.) (1)
*El galleguito,* zarzuela en un acto y tres cuadros. (Agotada.) (1)
*¡Abajo la media!,* revista cómico-lírica en un acto y tres cuadros.
*El primer rorro,* juguete cómico en un acto. (Tercera edición.)
*La furcia cuca,* (parodia de *La fuerza bruta*).
*¡El fin del mundo!,* fenómeno político en un acto y tres cuadros. (Tercera edición.)
*La villa del oso,* revista cómico-lírica en un acto y cuatro cuadros.
*¡Cayó á la una!,* caricatura en un acto y dos cuadros (parodia de *Canción de cuna*).
*El hambre nacional,* pasatiempo cómico-lírico en un acto y cuatro cuadros.
*Gente menuda,* diálogo en verso.
*El gachó del arpa,* diálogo en verso.
*Caparrota,* monólogo en prosa.
*El golfo de Guinea,* sainete en un acto y cinco cuadros. (2) (Segunda edición.)
*Con permiso de Romanones,* capricho cómico-lírico en un acto, con un prólogo y tres cuadros. (3)
*Matías López,* zarzuela en un acto y cinco cuadros.
*El chavalillo,* sainete en un acto, en prosa y verso. (4)
*¡Arriba la Liga!,* pasatiempo en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso. (2)
*La suerte perra,* zarzuela en dos actos, el segundo dividido en dos cuadros. (Refundida en un acto.)
*El siglo de oro,* revista en un acto y cuatro cuadros.
*El nido del principal,* sainete dividido en cuatro cuadros. (Segunda edición.)
*Los dos fenómenos,* disparate cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, prólogo, intermedio hablado y apoteosis.
*El viaje del amor,* fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en seis cuadros.
*La Chicharra,* comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros.
*El corto de genio,* sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros.
*La canastilla,* juguete cómico en dos actos y en prosa.

---

(1) En colaboración con José Jackson Veyán.
(2) Idem con Adolfo Sánchez Carrere.
(3) Idem con Ernesto Polo.
(4) Idem con Antonio Velasco Zazo.

**Precio: 1,50 pesetas**